

PRESENTACIÓN

VIVIR DIGNAMENTE

El ser humano es un viviente. No solo es un ser vivo. Eso también lo es cualquier animal. El hombre es un ser que sabe que vive. Solo él lo sabe. Y, esta sabiduría de sí mismo le convierte en un mortal. También sabe que muere. Y sabe que ha vivido, que vive, que, posiblemente, todavía le queda algo por vivir. Aún le cabe hacer alguna cosa que dependa de él. Aún le cabe dejar una huella que puedan ver sus amigos o enemigos, o los indiferentes. Quizás le pasa por el escenario de sus pensamientos que todavía puede hacer algo para mejorar su huella. Tal vez le pase, al mismo tiempo, que quizás ya sea tarde, que puede morir ahora mismo. Mientras lo está pensando.

El hombre es un ser extraño. No es normal, es decir, no es natural. La norma se acaba con cada hombre. Cada hombre puede seguir su propia ley. El hombre, desde que piensa en clave del bien y del mal, sabe que puede hacer lo mejor, y lo peor.

Vivir no es lo que más quiere, aunque sea lo que más desea. Si ha llegado a unir el amor y el pensar, si ha experimentado el peso y el escalofrío del amor, si se ha asomado a comprender el misterio abismal de la existencia, ha comprendido que su vida, vivir él, no es lo más importante. Lo que es menester, la misión de su vida, consiste en que el amado viva. Es la vida del amado la importante. La mía, la del amante, está cumplida cuando da la vida, cuando se da en la vida.

Estamos hechos para el amor. Estamos sembrados de tal manera que sentimos que vivimos, nos sentimos vivos cuando es el amor quien nos hace. Cuando sentimos que estamos amando al vivir. Cuando sentimos que estamos dispuestos a morir por vivir amando. Y, a veces, lo conseguimos. Puede ser que un largo entrenamiento de amores nos haya habituado a lograrlo. Puede ser que un ferviente deseo escondido durante años en nuestros adentros se ponga erguido cuando la ocasión lo requiera.

Pero, no hay la menor duda, quien ama, no pone su vida en primer lugar. Morir, para él, es vivir. Eso es lo que tiene sentido. Es lo que el sentido exige. Un deber de amor.

ANTONIO CALVO ORCAL
Licenciado en Filosofía

Vivir y morir, las dos caras de la moneda de la vida, son cosa seria. Es una moneda que no tiene precio. Es una moneda única.

El taladro percutor de la doctrina repite machaconamente que la persona es un ser digno, que su vida es sagrada. Pero, sucede que la condición ineludible para apropiarnos la vida que se nos regala, consiste en hacerla disponible, en convertirse en cada acto en un servidor. Solo así vamos incorporando, encarnando, en nuestro comportamiento y, a través de él, en nuestro ser, la verdad de la existencia, la verdad que consiste en amar, en crear, en comulgar. La verdad que nos va haciendo verdaderos. La verdad que se muestra en la perspectiva única que solo se ve cuando cada uno de nosotros la desvela en su vida.

La tarea del hombre consiste en llegar a comprender y a vivir la vida de tal manera que sienta que solo llega a ser él, cuando supera el miedo a morir al decidir hacer lo que debe, lo que le pide el amar. *Para venir a serlo todo, no quieras ser algo en nada*, nos dice Juan de Yepes, en la tercera pareja de versos de la *Subida del Monte Carmelo*.

Pocas veces nos paramos a pensar que el caminar humano consiste en caer en la cuenta de nuestras ignorancias y de nuestros miedos, escuchando a quienes han visto la realidad, y convertirnos en misioneros, en servidores, en ministros educadores de quienes creen que saben y, sin embargo, confunden la realidad con sus sombras. Un trabajo inacabable de conversión personal y de servicio de amor social permanente y simultáneo.

La medida de un hombre la da su testimonio. Siempre que se tenga en cuenta, y no se olvide jamás, que es la medida de lo que es capaz de realizar ahora, no de su valor como persona. El valor, la dignidad, no tiene medida, ni caducidad. No depende de sus obras. Solo corresponde a su ser.

Así, pues, al considerar la muerte digna, es menester tener en cuenta que quien es digna es la persona. Y, que vivir a la altura de lo que requiere esa dignidad otorgada gratuitamente, como la misma vida, pasa siempre por entregarla amando. Pretender guardarla sin la entrega, no solo es imposible, una quimera, sino confundir la muerte, con la vida verdadera. 